
Conformando la identidad profesional

María Isabel Torres Bautista

Maestra en Ciencias de la Educación. Profesora de la Escuela Primaria “Fernando Montes de Oca” en Ecatepec, Estado de México. isatorresbau1@gmail.com

Cuando decidí ser profesora tenía apenas seis años, ¿te sorprende! será porqué a esa edad los niños tienen súper héroes, mi primer maestra representaba la persona que me haría comprender poco a poco el mundo de las letras, quien me regalaría un “Si se puede”, con quien aprendí a dibujar, era mi super héroe. Al reflexionar por qué soy maestra, me respondo: –Pude haber estudiado cualquier otra profesión igual de interesante; por ejemplo, ¿ser una gran contadora!– Pero no me hubiera dado las satisfacciones que he conseguido hasta este momento de mi vida.

El fin, no es *hacer* solamente, es *ser* lo que más te gusta, y esto implica, ahora sí, amor a lo que *haces*, dar comprensión al otro, a ese ser que en el futuro hablara de ti como la persona que le hizo significativa la vida escolar. Cuántos de nosotros no recordamos a la maestra *Cuquita* quien ayudó a sus alumnos a aprender las tablas de multiplicar de una manera divertida.

Ahora comprendo que los super héroes no somos los maestros o maestras, son todos esos niños y niñas en edad escolar que hacen que nuestras vidas profesionales valgan la pena. Para poder comprender lo importante y satisfactorio que es estar de este lado, del que guía, enseña, comprende y aprende, es imprescindible tocar un tema por demás valiosos en la sociedad: la interacción social en la niñez.

Es imprescindible la interacción social en los centros escolares, debido a que no sólo nuestros niños y niñas intercambian planes para la travesura, el descubrimiento, la invención de algo, sino también interactúan con nosotros los profesores; y como en su momento refiere Castillo; *en esta interacción entre alumnos y docentes, se intercambian*

valores, normas, aptitudes, comportamientos y por supuesto una de las razones por las que en estos momentos estoy satisfecha de mi labor como profesora, es cuando compartimos formas de *ser*; nosotros, con nuestra actitud y aptitud crecemos junto a ellos.

Quisiera convertir este artículo en un pasaje literario, en un sustento teórico; pero me quedaré en la informalidad, en el primer plano, al contarte algunos anécdotas que he vivido en estos hermosos 30 años de experiencias en las aulas. Comenzaré haciéndole honor a “Juanito” un pequeño de primer grado, lo describiré brevemente para guardar otras líneas a otros alumnos y alumnas que han forjado mi identidad como maestra.

Ahora Juan, porque ya es todo un joven, era ese niño de brazos delgados, distraído y por demás la personita más tierna que he disfrutado; se acercan las competencias de fútbol, era un niño a los que la escuela ubica como USAER su situación en este momento no es lo que me gustaría escribirles, sino la convivencia e interacción que viví con él quien pensaría que ...pregunto: –“¿Quién va a participar en el torneo de fútbol en las competencias de diciembre? Muy nervioso y tímido como si sintiera que la maestra le diría que no, allá en las primeras filas, se ve una manita levantada; en la mirada se percibía un por favor, déjeme jugar”, “¡Juan será el capitán!”– la mirada se le iluminó, tratando de entender en ese momento lo valiosos que era para los demás y para el equipo. Pareciera que fue imposición; pero no, fue una desición planeada por la grandeza del corazón de mis alumnos.

Amar la profesión es tener la habilidad de ver más allá, de percibir lo que sienten tus alumnos, de preguntarte lo que sentirías tú en su lugar.

Toca el turno de Lupita, hermosa de ojos verdes y sus trenzas doradas, en poco tiempo tuve la oportunidad de conocerla, tenía una “capacidad diferente” Algunos adultos que convivieron con ella decían que no entendía, que sólo nos concentráramos en la convivencia con sus compañeros y que aprendiera a ir sola a diferentes espacios de la escuela. Pero la pasión por tener retos tan maravillosos te permiten cambiar tu mirada, que la condición de Lupita no era el no darse a en-

tender, sino era encontrar a alguien que la entendiera, que le permitiera seguir adelante. Porque tan solo con su mirada te pedía que la consideraras como los demás, que se esforzaba por trazar una línea y que lo haría mejor cada día.

Ahora me llegan algunos recuerdos de César, no era de mi grupo, todos los días lo veía llorando y deambulando en el patio, no podía dejarlo ahí, lo invitaba a ir a mi salón; como él era de sexto grado y yo tenía primero, se sentía de mayor rango frente a los más pequeños de la escuela, se convertía en el asesor de todos los alumnos y alumnas, se sentía útil e importante. Cada que le preguntaba porqué no le gustaba estar en su salón, me respondía que se burlaban de él, no sabía leer, –¡Pero claro que sabes!– le respondía, es más te demostraré que lo haces bien, ciertamente no tenía el nivel de sus compañeros de sexto grado; pero tenía que hacer que tuviera la confianza de que podía y que era buen estudiante. Al poco tiempo cobró esa confianza que le hizo regresar a su salón de clases y verlo nuevamente feliz.

Ser docente es un acto de amor y valentía, lo digo humildemente porque en ese interactuar con los alumnos, nos damos la oportunidad de abrir puertas que permiten conformar nuestra identidad, nuestro ser, nuestra profesión. Pero para llegar a ello hay que atreverse a sentir, a ceder; a veces, por momentos, olvidarte de tus prioridades familiares; y es que eso es lo que te hace ser valiente. Atreverte a dar más de lo que puedes dar, a esforzarte por ser cada día mejor y mostrarle a tus alumnos que sí se puede.

Ahora haré referencia al día en que me tocó organizar una salida pedagógica con el alumnado de mi escuela; como profesora tenía una comisión, en la cual, parte de mis tareas eran éstas, organizar alguna salida pedagógica. Que les puedo decir, en lo administrativo, no se diga, hay que tener todo en orden, recabar firmas, autorizaciones, coordinar, tener todo en regla. Pero eso no es lo que quiero resaltar; recuerdo que hicimos una visita a un Museo y a la máxima casa de estudios, la UNAM; “¡Guauuuu!” esa fue la expresión de varios de mis alumnos, y es que uno de mis objetivos era motivar a los chicos y chicas a seguir adelante con sus estudios y que tuvieran metas. Ahora

mencionare a *Jovani*; un alumno sobresaliente quien terminó su carrera como historiador en esta Institución educativa universitaria. No sé si la visita a este recinto fue un motivador en su vida; lo cierto es que cuando uno se entera que los alumnos han logrado sus objetivos, es un gran orgullo, porque en el fondo sabes que fuiste parte de sus vidas y es tener un viso de esperanza de que tu influiste de manera positiva en ello, que has puesto un grano de esperanza.

En algún moento de mi vida me atrevi a ir más allá de nuestro México para aprender de otros profesores, conocer las condiciones adversas que seguramente tambien padecen y descubrí que sea cual fuere el espacio en que nos toque trabajar, la pasión que le pongas a tu trabajo en las aulas es la pasión con la que responden los alumnos y alumnas; por ello, la labor docente es de las más bellas, porque lo que te permite crecer y superarte día a día es otro ser humano: la niñez.

Quisiera mencionar a muchos de mis alumnos y alumnas que han forjado en mí, a ese ser que aún cuando estoy a punto de jubilar-me; sigue sintiendo un motivo para continuar y trabajar para ellos, *mis alumnos*; quienes me han ayudado a construir durante estos años mi identidad como profesora.

Dedico estas breves letras a los seres que son el futuro de nuestro país y agradecer la oportunidad de expresar mi sentir como maestra, de saberme alguien que tiene la profesión más bonita y emprendedora, *ser maestra*.

Castillo, Ana Margarita. (1996). *La Socialización como proceso de construcción de las identidades g nericas*. Guatemala: Universidad de Guatemala.